

Mohamed comprueba con deleite que ya no es homófobo, pues por primera vez había mirado a los ojos a su cuñado, y se habían abrazado como hermanos.

Él, que ni de bromas pretendía unirse a la manifestación, al final había acabado en ella.

Como jefe de familia, se había acercado a Sol a buscarlos para llevárselos a casa, pero al llegar se había dado cuenta de que allí, donde nadie le consideraba el jefe de nadie, y menos de su mujer y sus hijos, no tenía derecho a dar órdenes.

Por lo tanto no le quedaba más remedio que sonreír y mostrarse simpático.

Bueno, al menos en su cultura, como en la española, uno estaba habituado a charlar con los demás.

Los países del sur eran así.

Donde hacía buen tiempo la mayor parte del año, la gente podía tranquilamente pasarse la vida en la calle.

Las necesidades eran menores, y no había que esforzarse tanto por trabajar.

Si luego los del norte les venían con que eran unos vagos, como al parecer habían empezado a decir los alemanes de los españoles con eso de la crisis, la culpa no era suya sino del clima benigno.

Ya les gustaría a ellos poder vivir en comunidad y dialogando, como los habitantes de la Grecia antigua.

Así luego venían todos de vacaciones a España, a disfrutar de la felicidad de la que carecían en su país.

Si es que para él estaba claro, de crisis económica nada, lo único que pasaba era que en Europa unos trataban de imponer sus leyes a los otros.

Lo del macho dominante, el padre todopoderoso del monoteísmo, se reproducía a nivel europeo.

Si era Alemania la que mandaba, además en nombre de una mujer, había que obedecerla por muy equivocada que estuviera.

A él le parecía que la misma guerra entre moros y cristianos, la seguían perpetuando en Europa entre países católicos y protestantes.

Unos, que sólo pensaban en el dinero, y los otros divertirse, estaban condenados a enfrentarse.

La economía española, y la cultura, se desarrollaba en los bares.

Allí la gente celebraba reuniones, y hacía exposiciones.

La música, la poesía, el arte, no estaba en los museos, sino en la calle, en cada ser singular y en su manera de expresarse, con gracia y salero.

Su mujer, por ejemplo, le parecía una artista y lo era, aunque luego trabajara en un supermercado.

La alegría española, por mucho que la Comisión Europea les pusiera contra las cuerdas, no iba a desaparecer del espíritu de sus gentes.

Además eran pacíficos, y con los moros se llevaban relativamente bien.

Tenían sus dos bocaditos de tierra y con eso se conformaban.

Aunque por un granito de arena, un islote cerca de Ceuta, casi llegaron a pelearse con Marruecos, pero aquello había sucedido en la nefasta época de Aznar.

A ése lo que le hacía falta era ir un poco más a los bares y dejarse de rezar, como Franco; que luego, como estaba amargado, también le daba por ensañarse con los musulmanes.

A él, cuanto menos rezaba, mejor le iba la vida.

Y ya no digamos tras la divina lección sexual de esa madrugada.

Si lo que necesitaban todos esos políticos estreñidos y tacaños era que se la endiñasen.

Así comprobarían con deleite, como él ahora, que todos somos iguales.